

— Y la ha bendecido. Pero créeme, ese jóven...

— Ese jóven?

— Debes alejarlo de aquí. Es fuerza que se vaya.

En este momento Teresa entraba en la habitación y pudo oír las últimas palabras.

— Que se vaya? preguntó. — Quién se ha de ir?

El religioso se calló, pero Jaime contestó á la pregunta de su esposa.

— El padre, — dijo, — me aconseja que aleje al francés de nuestra casa.

Una nube de rosa, á la que sucedió un baño de marcada palidez pasó por el rostro de Teresa. Fué tan rápida esta circunstancia que no tuvo tiempo de notarla Jaime, pero que no escapó á la mirada fría y escrutadora de Fray Estevan.

— Alejarle! y porqué? — dijo Teresa con voz ligeramente conmovida.

Fray Estevan guardó silencio pero no apartó la vista de Teresa que vióse precisada á bajar la suya. Jaime se calló también. Su noble corazón luchaba entre el respeto y acatamiento que le inspiraban cualquier consejo ó cualquier leve súplica del anciano amigo de su familia, y la amistad que sentía en el fondo de su alma por el extranjero huésped.

Teresa fué la primera en romper aquel extraño silencio que tenia embarcados á los tres personajes:

— El señor Severay, — dijo sin levantar los ojos del suelo y esforzándose por imprimir un sello de indiferencia á sus palabras, — el señor Severay no se halla aun del todo restablecido de sus heridas....

— En efecto, — exclamó entonces Jaime que se apresuró á admitir este pretexto de su esposa, — sufre aun mucho de sus heridas y me parece que sería una inhumanidad negarle asilo en la casa que ha encontrado hasta ahora abierta y hospitalaria.

— Yo no pretendo que le niegues asilo, hijo mio, — dijo Fray Estevan con pausada gravedad, — pero te repito lo que ya he dicho antes. La permanencia de este francés en tu casa, puede reportarte disgustos. Los ánimos están acalorados contra los enemigos de nuestra patria; el nombre francés es un nombre aborrecido que arranca de todos los corazones muestras de indignación y palabras de anatema, y el día que una casualidad hiciera descubrir que bajo este techo se ha abrigado uno de ellos, aquel día, Jaime, no lo dudes, á pesar de tu patriotismo, á pesar de tus sacrificios por la causa nacional, á pesar de tu nombre sin tacha, aquel día verías allanarse tu casa, asesinar tal vez á tu huésped á tus propios ojos y demoler una á una estas paredes

como si temieran hasta el contagio de las piedras. Jaime, — continuó el religioso animándose por grados y dejando de mirar á Teresa — Jaime, tú ya lo sabes, yo no quiero mas que tu bien, no ambiciono mas que tu dicha. Te conozco desde la cuna, he ayudado á formarte, sé lo que vales y leo en tu corazón como en un libro abierto. Para tí Dios está en primer lugar y le adoras con la convicción del religioso, con la fé de mártir: despues de Dios, el amor á tu patria te cautiva, te seduce, te arrastra, y amas á la España como á una querida á la que, en tu ardor de amante, quisieras coronar de flores y laureles: sigue por fin tu esposa, tu Teresa, tu compañera inseparable, á quien idolatras con el cariño de amante y de esposo á un tiempo. Entre los tres partes tu corazón, tu corazón de oro. Pero di, crees tú que los otros te comprendan y te conozcan tan bien como yo? Crees tú que los otros, el día que sepan tu hospitalidad á un francés, han de juzgarte como yo te juzgo? crees que no te tomarán á tí por un traidor, á él por un espía y acaso á mí, á mí mismo por tu cómplice? No temes que arrojen sobre nuestras cabezas todo el peso de su furor ó que al menos te señalen con el dedo cuando pases y digan: «Allí va un traidor á su patria?» Y aun cuando valiera, que no habia de valerles, aun cuando valiera en algo en ellos tu nombre de patriota sin tacha, dejarían de mirarte por adelante como sospechoso?....

Este discurso que el anciano religioso pronunció con un fuego casi juvenil, hizo estremecer mas de una vez á Jaime y le conmovió de una manera visible, mientras que hacia palidecer espantosamente á Teresa de cuyo corazón eran tan violentos los latidos que casi podían ser oídos de los dos personajes.

— Padre, dijo Jaime con voz trémula, — teneis razon. Por mí, por él, por todos, ese hombre debe partir. Sufrirá de ello mi corazón porque es un amigo leal y un pecho noble, pero partirá!

Teresa se apoyó en una silla que tenia inmediata para no caer.

— Pero, — dijo tentando el último esfuerzo y con una voz muy baja para que no se conociera su impresión, — pero, cómo puede partir? Los franceses están lejos y si sale de Zaragoza para ir á reunirse con ellos, será descubierta y.... y asesinado tal vez.

— Es verdad, — dijo Jaime; — cómo hacerle escapar á las miradas de las guerrillas que cruzan por los caminos?

— Confiad en mí, — dijo inexorable para Teresa el religioso. — Yo iré á ver al general Palafox; mi carácter rechaza toda sospecha, le pediré un pase

y me lo concederá, aun cuando sea preciso confesarle él la verdad entera.

— Padre, haced lo que gustéis. Dejo este negocio en vuestras manos.

Y Jaime salió del aposento siguiéndole su mujer con la palidez de un cadáver. Afortunadamente para ella, pues la hubiera torturado con solícitas preguntas, su amante esposo no lo reparó.

Aquel mismo día al anochecer Jaime se paseaba inquieto y agitado por el comedor en tanto que Teresa permanecía junto á la ventana ocupada en una labor mugeril. Abrióse la puerta y apareció Fray Estevan con la Biblia bajo el brazo. En efecto, se acercaba la hora de la cotidiana lectura.

Layne se acercó al religioso y le dijo en voz baja y breve:

— Sabeis lo que pasa?

— No, — dijo el anciano á quien sorprendió la alteracion que se notaba en el rostro de Jaime.

— Nuestra ciudad va sin duda á sufrir un segundo sitio mucho mas horrible, mucho mas encarnizado que el primero.

— Cómo pues?

— El mariscal Lannes se adelanta hácia Zaragoza con un ejército numeroso. Napoleon, furioso por la derrota sufrida por sus soldados ante nuestras murallas, le ha encargado que no dé cuartel y que no deje aquí piedra sobre piedra.

— Y es cierta esa noticia?

— No cabe duda. Sin embargo, no se ha divulgado aun y se mantiene secreta para no alarmar los ánimos. Entretanto se han redoblado las precauciones y acaso tenga yo que pasar esta noche en la muralla y en mi antiguo puesto. Dispensadme si no asisto hoy á la lectura como los demás días. Voy á despedirme de Teresa y á darla un pretexto cualquiera para que no se sobresalte.

El anciano no contestó, y Jaime se dirigió hácia Teresa cuyo rostro se habia visiblemente alterado al notar aquella conversacion en voz baja entre Fray Estevan y su marido. Tranquilizóse no obstante cuando vió que este se le acercaba con cariño y que, despues de haber sellado su frente con un beso, la decia que no se inquietara si un importante negocio le retenia fuera de casa hasta hora quizá muy avanzada.

Layne se partió y Fray Estevan con calma, impassible, severo casi, se sentó en el sillón que acostumbraba á ocupar cada día á aquella misma hora. Estaba colocado este sillón junto á una mesa y frente de una chimenea antigua de labrado mármol y cargada de relieves cuya pantalla mostraba de buen pincel un pasaje de la sagrada Escritura.

Teresa, al ver que el religioso se disponia á leer, acercó su silla junto á la chimenea y mandó encender la bujía que habia encima la mesa. En aquel momento volvióse á abrir la puerta del comedor y apareció Augusto. Teresa se estremeció. El huésped se adelantó con modales sueltos y desembarazados á saludar á la jóven, dirigiéndola en voz alta un galante cumplido para el cual balbuceó Teresa una respuesta incomprensible. Augusto saludó en seguida cortesmente al religioso que se inclinó con sequedad por única respuesta.

El francés tomó asiento al otro lado de la mesa á una distancia notable de Teresa. Entre ellos estaba el sillón vacío que esperaba á Jaime, pero el cual este no se presentó á ocupar, pues que sin aguardarle empezó Fray Estevan su lectura, que versaba aquella noche sobre Bersabé y Saulo cuando fueron enviados por el Espiritu Santo á predicar á los gentiles y sobre la conversion que hicieron en Papho del proconsul Sergio.

Aunque impregnada de aquel lijero acento gangoso que parecia haberse hecho propiedad de los frailes, la voz del anciano resonaba clara en la estancia, y los versículos bíblicos salian rotundos de sus labios y rodeados de toda su bella y clásica majestad. Teresa estaba con la cabeza baja en una actitud como fervorosa y atenta, mientras que Augusto, por el contrario, parecia inquieto y dirigia incesantes miradas tan pronto al religioso como á la jóven. Notaba aquella noche algo que no acertaba á esplicarse. Teresa evitaba sus miradas, y la frente del fraile aparecia sañuda y severa. La ausencia de Layne acababa de aumentar su estrañeza.

Fray Estevan continuaba leyendo con la pausa y calma que siempre, pero sus ojos no perdian ninguno de los movimientos de Teresa, á la cual por su puesto en frente de él y junto á la chimenea podia muy bien observar sin dejar de atender á su lectura. Al cabo de un rato que esta seguia, vió que la jóven llevaba la mano á su pecho y creyó notar que en seguida, como si hubiera sacado algo de debajo su pañoleta, corria la misma mano á esconderse entre los pliegues de un pañuelo blanco que descansaba en su falda. Despues de esto, Teresa volvió á quedar inmóvil.

Fray Estevan entónces hizo un movimiento para poder disimuladamente volverse y observar asimismo á Augusto. Este estaba con los ojos clavados en Teresa, mirándola fijamente y sin pestañear.

Cuando, transcurrido cierto rato, pudo el fraile volver á su anterior observacion, notó que el pañuelo blanco habia desaparecido de la falda de Teresa la cual lo habia arrollado y dejado sobre el mármol de la chimenea.

— En el pañuelo hay una carta, — se dijo Fray Estevan.

Y cerrando repentinamente el libro, dijo estar demasiado fatigado para continuar la lectura. En seguida se levantó, y acercándose hácia Teresa como para hablarla, colocóse entre ella y la chimenea, puso la Biblia sobre el pañuelo y apoyó su brazo sobre la Biblia.

—Hija mia, — dijo inmediatamente inclinándose hácia la jóven, — me parece que hoy has estado distraida durante la sagrada lectura.

Todo esto fué tan rápido, tan instantáneo que, aun cuando lo hubiese podido sospechar, Teresa no hubiera tenido tiempo de retirar su pañuelo. Tornóse pálida como el lirio y se estremeció cual si hubiese recibido un choque eléctrico. Ni contestó siquiera á la observacion que con tono entre paternal y severo acababa de hacerle el monje. Es que habia oido su voz, pero no habia comprendido sus palabras, tan fuerte impresion recibió al ver desaparecer bajo la Biblia el pañuelo que destinaba á Augusto y que este al llegarse á saludarla debia cojer disimuladamente de encima la chimenea.

Un silencio sepulcral reinó entre los tres personajes. Augusto, clavado en su silla, no acertaba á menearse. Teresa con la cabeza baja no daba casi existencia de vida mas que por ciertos lijeros sacudimientos que algunas veces iban á vender su inmovilidad. En cuanto á Fray Estevan, continuaba sin cambiar de postura, de pié ante la chimenea y descansando el brazo sobre el libro [santo.

Esta situacion difícil y penosa para todos y completamente incomprensible para el huésped, amenazaba prolongarse y no podia cesar como este no la terminara retirándose. Conoció en efecto Augusto que tal era lo que debia hacer; se levantó por consiguiente, acercóse á saludar á Teresa, y se inclinó ante el religioso que aquella vez ni siquiera contestó con otra inclinacion á la suya. La jóven levantó la cabeza y dirigió una mirada de inesplicable angustia al que partia.

Cuando Fray Estevan quedó solo con la jóven, como si no hubiese aguardado mas que esto, levantó el brazo y el libro, y cojiendo por una punta el pañuelo lo desplegó en alto. Un billete, desprendiéndose de él, fué á rodar por el mármol de la chimenea.

Fray Estevan se apoderó vivamente.

Teresa mas bien que un grito arrojó un chillido, y deslizándose hasta el borde de la silla, se dejó caer en el suelo de rodillas, las manos suplicantes, el rostro descompuesto, revelando en sus ojos la tortura de su corazon.

—Oh! padre! padre, piedad! — exclamó cojiéndose al hábito del religioso. Este la miró de una manera muy cruel y muy severa sin duda para la

jóven, pues que retorciendo sus brazos de desesperacion y angustia, continuó:

—Padre, perdon! perdon, padre!

Y los sollozos agolpándose como un torrente la impidieron proseguir. El religioso volvió á mirarla como la vez primera. En seguida, dió un paso hácia la mesa para acercarse á la luz y se dispuso á abrir la carta que habia caido en sus manos. Entonces fué cuando aquella muger, loca, delirante, frenética, rodando sus ojos en sus órbitas, se colgó al brazo izquierdo del religioso, esclamando con un acento en que se podia notar toda la mas desgarradora angustia:

—Oh! no la leais, no la leais, padre! Os lo pido por la Virgen santa! No la leais.

Fray Estevan pareció conmoverse ante aquella esplosion de dolor. Así es que inclinándose y clavando en ella sus ojos, la preguntó en voz baja:

—Porqué?

No recibió mas contestacion que un sollozo sofocado.

—Teresa Laynez, — continuó el anciano cojiendo el brazo y agitándose con fuerza, — porqué no quieres que lea esta carta? dí, infeliz, porqué?

Tampoco recibió otra contestacion que los sollozos.

—Porqué? — le preguntó de nuevo el fraile con un acento que no tenia réplica.

—Oh! murmuró entonces la infeliz, — tendria que avergonzarme á vuestros ojos.

El honrado corazon del buen religioso recibió un golpe violento como si se lo hubiesen herido de una puñalada.

—Con que es pues verdad? — exclamó entonces con una voz que habia perdido su tono severo para impregnarse de un tinte de melancolía y amargura indefinible, — con que al noble, al pundonoroso Jaime, ya no le quedan mas que su Dios y su patria? Con que su Teresa, su amor, su adoracion, le ha vendido miserablemente como Judas á Cristo?

—Padre! padre!

—Esposa de Laynez, qué le dirás á tu esposo cuando te pida cuenta de su nombre y á Dios cuando te la pida de tu honra?

Teresa padecia horrorosamente y el anciano le ahogaba la emocion. Era aquella una espantosa escena. Habia dolor allí para una eternidad de dolores.

El fraile pareció tomar una resolucion.

—Oye, — la dijo inclinándose hácia ella y hablándola imperiosamente, al

propio tiempo que la mostraba un papel. — Este es el pase firmado por el general Palafox. Júrame por tu salvacion eterna que ese hombre partirá esta noche y quemó en seguida el billete sin leerlo. No sabré nada y no podré por lo mismo condenarte. Júramelo!

— Oh! sí, sí! — exclamó Teresa alzando sus manos al cielo.

Fray Estevan alargó el brazo y acercó el billete á la bujía.

— Está jurado. Esposa infeliz, tu secreto quedará entrè los dos.

En aquel momento una mano cayendo como una tenaza de hierro detuvo el brazo del fraile y se apoderó del billete antes de que en él prendiera la llama, mientras que una voz serena, tranquila, espantosa de calma, murmuró:

— Si os place, padre, quedará entre los tres.

Eran la mano y la voz de Jaime Laynez.

Á nada humano se parecia el grito que lanzó Teresa. La pobre muger retrocedió de rodillas como se hallaba hasta la chimenea, mas aterrada ante la repentina aparicion de su esposo, que Macbeth cuando vió moverse y encaminarse hácia su palacio el bosque fatal al que habian unido su existencia los conjuros de las hechiceras.

Jaime habia llegado pocos momentos despues de haber salido Augusto, pero en el instante en que iba á penetrar en la habitacion, habiale clavado como una estatua en el umbral de la puerta el espectáculo que se ofreciera á su vista. Su esposa arrodillada pedia gracia y piedad á Fray Estevan. Jaime vió pasar á sus ojos con todos sus misteriosos detalles aquel terrible drama que en pocas palabras hemos ensayado describir. Solo cuando vió que el monje acercaba el papel á la bujía, solo entonces, decimos, halló movimiento para pasar su carabina de la mano derecha á la izquierda y adelantarse erguido, severo, impasible, mudo como la sombra del comendador, hasta detener al brazo y con él la accion del religioso.

Un mortal espasmo arrojó su sonda de plomo en el pecho del anciano cuyo primero y generoso movimiento fué ponerse delante de Teresa como para servirle de escudo.

Jaime vió el movimiento y comprendió la intencion. Su mirada fria no se turbó ni se inmutó su rostro mas que por una sombra de irónica risa que apareció en sus labios y que desapareció brevemente. Crispó su mano en torno del billete que habia tomado á Fray Esteban, y naturalmente, sin esfuerzo, sin violencia, arrojó lejos de sí su carabina que cayó en el suelo con un ruido casi fúnebre.

En seguida, con una voz que no estaba alterada, pero que distaba mucho sin embargo de ser su voz natural, pronunció estas palabras que se clavaron como espinas en el corazon de Teresa y que hicieron estremecer al religioso.

— Padre, llevaos á esa muger!

Nadie se movió. Hubiérase dicho que Jaime se habia dirigido á dos figuras de piedra.

— Padre, hacedme el gusto de llevaros á esa muger, — repitió Laynez al poco rato.

Fray Estevan se inclinó en silencio y ayudó á levantarse á Teresa cuyos ojos parecian cristalizados, tal era su horrorosa fijeza.

Cuando hubieron salido de la habitacion seguidos por la vista de Jaime que no les abandonó mientras atravesaron lentamente el espacio que mediaba hasta la puerta, Laynez se acercó á la luz y con una mano, cuyo temblor se conocia que se esforzaba en retener, desdobló el billete.

Horrible debió ser sin duda lo que allí leyó, pues aun cuando no pronunció la menor palabra ni dejó escapar ninguna exclamacion, sus ojos abriéndose de una manera desmesurada parecieron inyectarse de sangre, las venas de su frente se hincharon monstruosamente como si fueran á reventar y en sus labios cárdenos apareció una espuma rojiza.

En seguida con paso bamboleante, pero que luego logró hacer firme, salió del comedor, dirijióse en línea recta al aposento destinado para su huésped y llamó á la puerta.

Augusto salió á abrirle, pero se hizo dos pasos atrás al ver el rostro lívido y contraído del español. Este, mudo siempre, presentó á su huésped el billete que acababa de leer y viendo un par de pistolas encima una mesa, se acercó, apoderóse de ellas y dió la vuelta con el mismo paso hácia la puerta llevándolas en la mano derecha. Todo esto sin hablar palabra y con una gravedad y lentitud de espectro. En el dintel se detuvo, para volver la cabeza y mirar si Augusto le seguia.

Este se hallaba como enclavado en su sitio. Una montaña de hielo habia caido sobre su corazon al ver aquella carta en manos del hombre que era de todos en el mundo el único para quien debia permanecer oculta. La voz de Jaime fué á turbarle en su inmovilidad, sonando en su oido como el acento fúnebre de la campana cuando dobla por los muertos.

— No venis? — le dijo. — La noche está hermosa de luna. Probaremos vuestras pistolas.

Y viendo que Augusto no se movia, volvió atrás, acercóse á él, pasó su

brazo por el suyo y con una fuerza hercúlea se lo llevó tras sí. Bien pronto habian salido de la casa.

En el interin, Fray Estevan acompañó á Teresa á su cuarto donde la vió dejarse caer exánime sobre una silla, y corrió al comedor. No habia nadie. Llamó á Jaime, pero no recibió contestacion. Voló al aposento del huésped; nadie tampoco. Su corazon se lo hizo comprender todo, sus ojos se inundaron de lágrimas, su alma se rasgó á pedazos al dardo del dolor como una nube en trozos al látigo del viento y corriendo á su oratorio, cayó de rodillas ante un crucifijo, exclamando:

— Señor, Señor, misericordia!

Media hora despues, Jaime Laynez volvía á su casa con el mismo paso firme que de ella habia salido, solo que mas pálido ó mejor mas cadavérico.

Qué habia pasado entre aquellos dos hombres durante media hora? Dios lo sabia.

Como ántes á la habitacion del huésped, entonces Jaime se dirigió á la de su mujer, á la cual halló tendida en una silla, sin voz, sin sollozos, sin movimiento. Acercóse á ella con lentitud y la tocó con el dedo. Como si aquel dedo hubiese estado cargado de fluido eléctrico, Teresa se levantó de un salto.

— Tras del uno el otro! — murmuró con voz sombría Laynez.

En seguida, dirigiéndose á su esposa la dijo esta sola palabra.

— Ven!

Y púsose á andar seguido de Teresa que caminaba maquinalmente tras de su marido cual un resorte, como arrastrada por un invisible iman.

En cuanto á Jaime parecia, en la seguridad y firmeza de sus pasos, en la línea recta que seguía, obedecer á una idea fija que se hubiese trazado, á un plan detenidamente calculado y que trataba de llevar á cabo con toda la firmeza de voluntad y la proverbial sangre fria de un aragonés.

Así cruzaron varias calles detenidos alguna que otra vez por patrullas de paisanos y soldados que les abrian silenciosamente paso luego de haberles dado Jaime el santo y seña. El gefe de una partida, con la cual tropezaron al revolver de una esquina, conoció á Jaime y le paró.

— Camarada, — le dijo, — no sabes? Hace poco han sonado dos tiros por el lado del Pilar, abajo, en las orillas del rio, se ha corrido y han encontrado cadáver un hombre que por sus papeles se ha conocido ser un oficial francés.

— Sí, ya lo sé, — dijo Jaime, y prosiguió su camino.

Al llegar á una de las puertas de la ciudad, y en el momento en que iba á

pasar el portillo abierto, un centinela destacándose de las sombras con las que estaba confundido, presentó su bayoneta al pecho de Laynez.

— Eh! alto ahí, buen hombre! — exclamó — Nadie pasa!

— Tengo el santo y seña, — dijo el interpelado sin inmutarse, y acercándose al oido del soldado pronunció una palabra en voz baja.

— Esto es otra cosa — dijo el soldado. — Pero, y esa muger?

— Vá conmigo.

— Ya, pero quién es?

— Es.... es mi hermana! murmuró el jóven.

Teresa al oirse negar por Jaime, al ver que no decia ser su esposa, como si de ello se avergonzara, Teresa, la pobre Teresa, sintió una impresion tan violenta que vaciló y cayó cuando quiso volver á andar, cual si hubiera tropezado con una piedra. Laynez se acercó á levantarla, y murmuró á su oido con voz aguda que penetró en su interior como un puñal:

— Las adúlteras deben tener valor para todo!

Teresa se puso en pié con un estremecimiento nervioso.

Salieron de la ciudad y continuaron su marcha silenciosa á través de los campos, bañados unas veces por la luz rica de melancolía de la luna, y otras sombreadas por las capas de los árboles que balanceaban su ramaje al beso tierno de la nocturna brisa. Bien pronto un rumor sordo y lejano fué á herir el oido de Teresa, que no tardó en conocer la voz mujidora del rio en el cual hunde la ciudad sus plantas como una ninfa que se baña sus piés en la corriente.

Una eminencia escabrosa, una especie de roca que como la calva cabeza de un monstruo mostraba á los rayos de la luna su pelada cima, se elevaba ante sus pasos. Jaime empezó á trepar por ella ayudando á Teresa, siempre sin pronunciar una palabra. Poco trabajo les costó llegar á la cumbre. La roca se estendia allí en una especie de plataforma, como ancha meseta de una escalera de gigantescas peñas que á pocos pasos se elevaban velando la ciudad á sus miradas. El rio pasaba murmurador lamiendo por una parte el pié de esta roca, formándole eternamente y en semicírculo, una franja de nevada espuma. Deslizábase el Ebro por allí enajenado puede decirse, como el cuerpo de un monstruoso pez que deja lucir á los rayos de la luna las brilladoras escamas de su ancha espalda. Allá en la otra orilla, asomaba su seductor paisaje, iluminada por el astro nocturno, una florida vega con campos de verdura, con bóvedas de follaje, con serrallos de flores, y con algunas casitas perdidas entre los árboles que hubieran podido tomarse por púdicas y desbandadas na-